

BAJO EL HIELO DE LOS DIOSSES

Pirámides, bases ocultas,
mapas imposibles y visitantes
estelares bajo el continente blanco

TOMÁS DONATO GALLO

BAJO EL HIELO DE LOS DIOSES

Pirámides, bases ocultas, mapas imposibles y visitantes estelares bajo el continente blanco

Tomás Donato Gallo



Muestra de lectura · © Tomás Donato Gallo / Rooster Books Publishing · Uso promocional

PRESENTACIÓN

Una exploración de las narrativas que convierten a la Antártida en territorio de enigmas:

cartografías antiguas, hipótesis sobre un continente sin hielo, supuestas pirámides, bases

ocultas y visitantes estelares. La obra examina cómo se construyen estas ideas y qué

ocurre cuando mito, geografía, historia y especulación se superponen.

*Pirámides, bases ocultas, mapas imposibles y visitantes estelares
bajo el continente blanco*

EN ESTA OBRA ENCONTRARÁ...

- 1 El continente que mira hacia las estrellas
- 2 Los mapas anteriores a la memoria
- 3 La Terra Australis Incognita : el continente presentido
- 4 Piri Reis y la cartografía imposible
- 5 Oronteus Finaeus, Buache y los contornos de una Antártida sin hielo
- 6 ¿Quién vio el continente antes que nosotros?
- 7 Pirámides, montañas y geometrías del secreto

A continuación comienza una muestra seleccionada del texto original.

MUESTRA DE LECTURA

El continente que mira hacia las estrellas Hay lugares que pertenecen a la geografía. Otros pertenecen a la leyenda. La Antártida, sin embargo, parece pertenecer a una categoría más inquietante: la de aquellos territorios que, aun existiendo sobre los mapas, se resisten a ser comprendidos. No es una isla, aunque el océano la encierre. No es una tumba, aunque todo en ella parezca haber sido dispuesto para conservar un cadáver inmenso. No es un templo, aunque sus montañas, sus bóvedas de hielo, sus silencios y sus auroras sugieran la arquitectura de una religión anterior al hombre. Tampoco es solamente un continente. Es una pregunta blanca extendida en el extremo del mundo. Durante siglos, la humanidad vivió sin verla. La imaginó antes de encontrarla. La dibujó antes de pisarla. La necesitó, de algún modo, para completar la simetría del planeta. Los antiguos cosmógrafos sospecharon que debía existir una gran tierra austral, una masa remota capaz de equilibrar el peso de los continentes conocidos. La llamaron Terra Australis Incognita : tierra austral desconocida. El nombre era ya una confesión. No se nombraba lo visto, sino lo presentido. Y aquí comienza el misterio. ¿Por qué el ser humano intuyó durante tanto tiempo la existencia de una tierra que aún no había explorado? ¿Fue sólo una necesidad geométrica, una suposición nacida de la simetría, una fantasía de cartógrafos encerrados entre pergaminos y astrolabios? ¿O había en la memoria del mundo un resto más antiguo, una información degradada, un eco transmitido de mapa en mapa, de templo en templo, de biblioteca en biblioteca, hasta llegar a manos de hombres que ya no comprendían del todo lo que copiaban? La Antártida no fue descubierta como otros territorios. No apareció ante los navegantes como una promesa de oro, especias, ciudades o pueblos extraños. Apareció como una negación. Frío. Niebla. Costas imposibles. Hielo. Un reino donde la vida parecía retirarse hasta su mínima expresión. Y, sin embargo, bajo esa superficie hostil se oculta una paradoja: el continente más muerto de la Tierra podría ser también el mayor archivo de su pasado. El hielo conserva. Lo que el mar dispersa, el hielo retiene. Lo que la arena desgasta, el hielo suspende. Lo que el fuego consume, el hielo posterga. Bajo las capas antárticas duermen burbujas de aire antiguo, sedimentos, montañas sepultadas, lagos sellados, valles invisibles, posibles microorganismos que no han visto jamás la luz del sol, y quizá —sólo quizá— la memoria física de una edad de la Tierra que todavía no sabemos leer. La ciencia nos dice que la Antártida no siempre fue lo que es. Hubo tiempos remotos en que el continente participó de otros climas, otros equilibrios, otros sistemas biológicos. Allí donde hoy se extiende el desierto blanco, existieron paisajes que no se parecen a la muerte polar. Bosques, cursos de agua, vida vegetal, animales de épocas

inconcebibles. La Antártida fue otra. Antes del hielo, tuvo rostro. Antes del silencio, tuvo respiración. Pero si la Antártida fue habitable en edades remotas, ¿quién la habitó? La respuesta científica habitual es prudente: no hubo humanidad allí antes de la exploración moderna; no hay ruinas verificadas, no hay ciudades antiguas, no hay restos culturales reconocidos. Y, desde la disciplina estricta, tal afirmación debe respetarse. Pero este libro no comienza donde la certeza clausura el debate, sino donde la pregunta se atreve a permanecer abierta. No afirmaremos todavía. Preguntaremos. ¿Y si el continente blanco no hubiera sido siempre un extremo del mundo, sino alguna vez un centro? ¿Y si la memoria de la Atlántida, de las islas hundidas, de los dioses civilizadores, de las tierras hiperbóreas, de los reinos interiores y de los instructores venidos del cielo no fuese una colección de fantasías inconexas, sino fragmentos dispersos de una misma catástrofe olvidada? ¿Y si la gran civilización perdida no hubiera sido tragada por el mar, sino sepultada por el hielo? La idea parece desmesurada. Toda idea verdaderamente peligrosa lo parece al principio. Cuando los primeros hombres imaginaron continentes más allá del océano, también parecían delirar. Cuando se habló de ciudades sepultadas bajo cenizas volcánicas, de animales gigantes extinguidos, de meteoritos caídos del cielo o de mundos invisibles bajo el microscopio, la prudencia de su tiempo respondió con escepticismo. La historia del conocimiento avanza sobre una cuerda tensa entre la evidencia y la audacia. Sin evidencia, la audacia se vuelve fábula. Sin audacia, la evidencia jamás es buscada. La Antártida nos obliga a caminar sobre esa cuerda. Allí están los mapas antiguos, que algunos han interpretado como restos de una cartografía anterior a la historia moderna. Allí está el mapa de Piri Reis, fechado en 1513, con sus fragmentos desconcertantes y sus fuentes declaradamente más antiguas. Allí están las representaciones renacentistas de una gran tierra austral que parecen, para ciertos ojos, saber más de lo que deberían. Allí están las montañas Ellsworth, donde una formación piramidal emergida del hielo ha encendido la imaginación de millones. Allí están los lagos subglaciales, verdaderos océanos oscuros encerrados bajo kilómetros de hielo. Allí están las cuevas volcánicas cálidas del monte Erebus, como respiraderos de un mundo interior. Allí están las expediciones militares de posguerra, demasiado grandes para la imaginación popular, demasiado ambiguas para no producir leyenda. Allí están las historias sobre Byrd, sobre Highjump, sobre Nueva Suabia, sobre bases ocultas, sobre luces extrañas en el cielo polar. Cada elemento, aislado, puede tener una explicación ordinaria. El mapa puede ser error. La pirámide puede ser montaña. El lago puede ser fenómeno glaciológico. La cueva cálida puede ser simple consecuencia volcánica. La operación militar puede ser entrenamiento. La luz en el cielo puede ser aurora, satélite, meteoro o ilusión óptica. Pero el misterio no nace de una sola pieza. Nace del conjunto. El investigador heterodoxo no mira la Antártida como un

geólogo mira una roca, ni como un diplomático mira un tratado, ni como un meteorólogo mira una tormenta. La mira como se mira un palimpsesto: un texto escrito, borrado, reescrito y cubierto por capas sucesivas. Lo visible no niega lo invisible; apenas lo oculta. La superficie no clausura la profundidad; la anuncia. Este libro se adentra en esa profundidad. No pretende sustituir la ciencia por superstición, ni transformar cada accidente natural en monumento secreto. Su propósito es otro: reunir los indicios, ordenar las sospechas, reconstruir la gran imaginación polar de nuestro tiempo y preguntarse por qué la Antártida se ha convertido en el último refugio de todos los mitos perdidos. Allí descienden la Atlántida, los antiguos astronautas, la Tierra Hueca, Agartha, las bases nazis, los portales dimensionales, los vergeles imposibles y las luces no identificadas. ¿Por qué? ¿Qué tiene este continente que atrae hacia sí todos los relatos de lo oculto? Tal vez porque es el único lugar donde aún parece posible esconder una verdad demasiado antigua. El lector encontrará en estas páginas mapas imposibles, pirámides discutidas, viajeros polares, rumores militares, civilizaciones anteriores a Sumer, dioses civilizadores, lagos subglaciales, cavernas cálidas, anomalías magnéticas y visitantes estelares. Encontrará, sobre todo, preguntas. Preguntas que no siempre buscan una respuesta inmediata, porque a veces la función de una pregunta es abrir una grieta en la costumbre. La Antártida, vista desde el espacio, parece un ojo cerrado. ¿Y si algún día se abre?

INTRODUCCIÓN La sospecha bajo el hielo La historia oficial de la Antártida comienza tarde. Muy tarde. Mientras Egipto levantaba pirámides, la Antártida permanecía fuera de sus jeroglíficos conocidos. Mientras Sumer escribía sobre tablillas de arcilla, el continente blanco no figuraba en sus registros. Mientras Roma extendía caminos, leyes y legiones, la tierra austral seguía ausente. Mientras los navegantes medievales dibujaban monstruos marinos en los bordes del mundo, nadie podía afirmar con certeza haber visto aquella masa inmensa que aguardaba en el extremo sur. Según el relato aceptado, la Antártida fue avistada por exploradores modernos en el siglo XIX. Sólo entonces el sexto continente entró verdaderamente en la historia documentada de Occidente. Antes de eso, fue una hipótesis geográfica, una necesidad imaginaria, un equilibrio teórico para los mapas del mundo. Pero la historia oficial tiene una limitación: suele comenzar donde comienzan sus documentos. ¿Y si hubo documentos anteriores, perdidos, destruidos o copiados de manera fragmentaria? ¿Y si ciertos mapas renacentistas no inventaron la Antártida, sino que heredaron la sombra de una información mucho más antigua? ¿Y si la gran tierra austral no fue descubierta en la modernidad, sino redescubierta después de un olvido de milenios? La palabra “redescubrir” es peligrosa. Implica que alguien supo antes. Implica que hubo una memoria anterior a nuestra memoria. Implica que la humanidad histórica pudo haber heredado restos

de un conocimiento que ya no sabía interpretar. Los defensores de la arqueología prohibida han insistido durante décadas en una idea perturbadora: ciertas civilizaciones antiguas aparecen demasiado maduras, demasiado rápidas, demasiado seguras de sí mismas. Egipto surge con una arquitectura monumental de precisión simbólica impresionante. Sumer muestra una organización religiosa, administrativa y astronómica de enorme complejidad. Mesoamérica levanta pirámides, calendarios, observatorios y ciudades ceremoniales. Los Andes organizan paisajes sagrados, alineaciones, caminos, piedras y montañas bajo una lógica cósmica. ¿Todo esto nació de manera aislada, espontánea y sin contactos profundos? ¿O hubo una herencia anterior, una fuente común, un recuerdo civilizador transmitido bajo máscaras distintas? La hipótesis antártica ofrece una respuesta audaz: esa fuente común pudo estar en el sur absoluto. No en el Mediterráneo. No en el Atlántico medio. No en una isla desaparecida bajo las aguas cálidas. Sino en una tierra que más tarde quedó sellada por el hielo. Una civilización austral, anterior a los grandes pueblos de la historia, habría desarrollado conocimientos de astronomía, navegación, geometría sagrada y quizá una tecnología que nosotros sólo reconocemos deformada en el mito. Cuando el clima cambió, cuando los hielos avanzaron, cuando el continente dejó de ser hogar para convertirse en tumba, sus sobrevivientes habrían emigrado. Llevaron consigo mapas, ritos, medidas, relatos de dioses venidos del cielo y una obsesión arquitectónica: la pirámide. La pirámide es demasiado universal para ser ignorada. No importa si se levanta en Egipto, en Mesoamérica, en Mesopotamia o en el ámbito andino. No importa si cumple función funeraria, ceremonial, astronómica o política. La pirámide repite una misma idea: ascender desde la base terrestre hacia un punto superior. Convertir la montaña en geometría. Darle al cielo una escalera de piedra. Representar, en un solo cuerpo arquitectónico, la relación entre el mundo humano y una dimensión superior. La explicación convencional habla de soluciones semejantes para problemas semejantes. La pirámide sería estable, visible, monumental, fácil de ampliar por terrazas, apta para sociedades jerárquicas. Todo ello es razonable. Pero una explicación razonable no siempre agota el símbolo. ¿Por qué tantas culturas sintieron la necesidad de imitar la montaña sagrada? ¿Por qué ese impulso de construir vértices? ¿Por qué esa geometría insistente que parece señalar hacia arriba, como si la piedra recordara una antigua visita desde el cielo? Y entonces, en la Antártida, aparece la imagen: una montaña triangular, una forma piramidal emergiendo del hielo, un vértice blanco y oscuro en medio de la nada. Los geólogos hablarán de erosión glaciár. Tendrán, probablemente, buenas razones. Pero el imaginario humano no se alimenta sólo de causas; también se alimenta de correspondencias. Si la pirámide es la forma de los dioses, ¿por qué una pirámide natural —o aparentemente natural— se alza

precisamente en el continente donde tantos sitúan el archivo perdido de la humanidad? No es necesario sostener que aquella montaña fue construida piedra por piedra por manos antiguas. Esa sería una afirmación torpe. La hipótesis más sugestiva es otra: que ciertas formaciones naturales hayan sido usadas como marcadores, como cimas sagradas, como señales de una red mayor. Una civilización suficientemente antigua no habría necesitado construirlo todo desde cero. Habría sabido leer la geología como nosotros leemos un plano. Allí donde la Tierra ofrecía una forma, ella la habría convertido en signo. Bajo esa lectura, la Antártida ya no sería un espacio vacío, sino una arquitectura cubierta. Los nunataks serían las puntas visibles de un mundo enterrado. Los lagos subglaciales serían cámaras líquidas. Las montañas sepultadas serían muros de una ciudad geológica. Las anomalías gravitacionales serían cicatrices de acontecimientos remotos. Las cuevas volcánicas serían respiraderos de una geografía interior. Y el hielo, lejos de ser sólo obstáculo, sería el gran custodio. La tradición de la Tierra Hueca, por extravagante que parezca, añade otra capa al misterio. Desde tiempos antiguos, los pueblos imaginaron inframundos, ciudades bajo montañas, cavernas de iniciación, reinos ocultos, pasadizos hacia regiones donde la vida continúa bajo la superficie. Agartha, Shambhala, los mundos subterráneos de las mitologías, las grutas sagradas y los descensos heroicos son variaciones de una misma intuición: la Tierra posee interiores simbólicos y quizá físicos que el hombre ordinario no alcanza. ¿Y si la Antártida fuera una de esas entradas? Los relatos atribuidos al almirante Byrd, aunque discutidos, se convirtieron en el corazón de esa sospecha. Según ciertas versiones marginales, sus vuelos polares habrían revelado tierras cálidas, vegetación, ciudades interiores, inteligencias avanzadas. El documento histórico convencional no confirma tales afirmaciones. Pero el mito de Byrd persiste porque expresa una imagen poderosísima: el explorador moderno que cruza el umbral blanco y encuentra, al otro lado del hielo, no la muerte, sino un mundo escondido. A esa imagen se suma la Operación Highjump, entre 1946 y 1947. Oficialmente, una misión de entrenamiento y reconocimiento en condiciones polares. Para la imaginación conspirativa, una operación demasiado grande, demasiado rápida y demasiado cercana al final de la Segunda Guerra Mundial como para no despertar sospechas. En torno a ella se agruparon rumores sobre bases nazis, tecnología secreta, refugios bajo el hielo y encuentros con objetos voladores desconocidos. El mito creció porque la Antártida lo permite. Cualquier otro continente ofrece demasiados testigos. Demasiadas ciudades. Demasiadas rutas. Demasiados ojos. La Antártida, en cambio, protege la sospecha con su propia naturaleza. Allí la distancia es defensa. El clima es muralla. El hielo es censura. La noche polar es archivo. Incluso la presencia humana, regulada por tratados y estaciones científicas, parece reforzar la sensación de un territorio vigilado. Allí donde se dice “preservación”, la

... La lectura continúa en la edición completa.

FIN DE LA MUESTRA



BAJO EL HIELO DE LOS DIOSES

La lectura continúa en la edición completa.

AMAZON

KINDLE / EPUB

Disponible en Amazon · eBook Kindle/EPUB · Rooster Books Publishing